

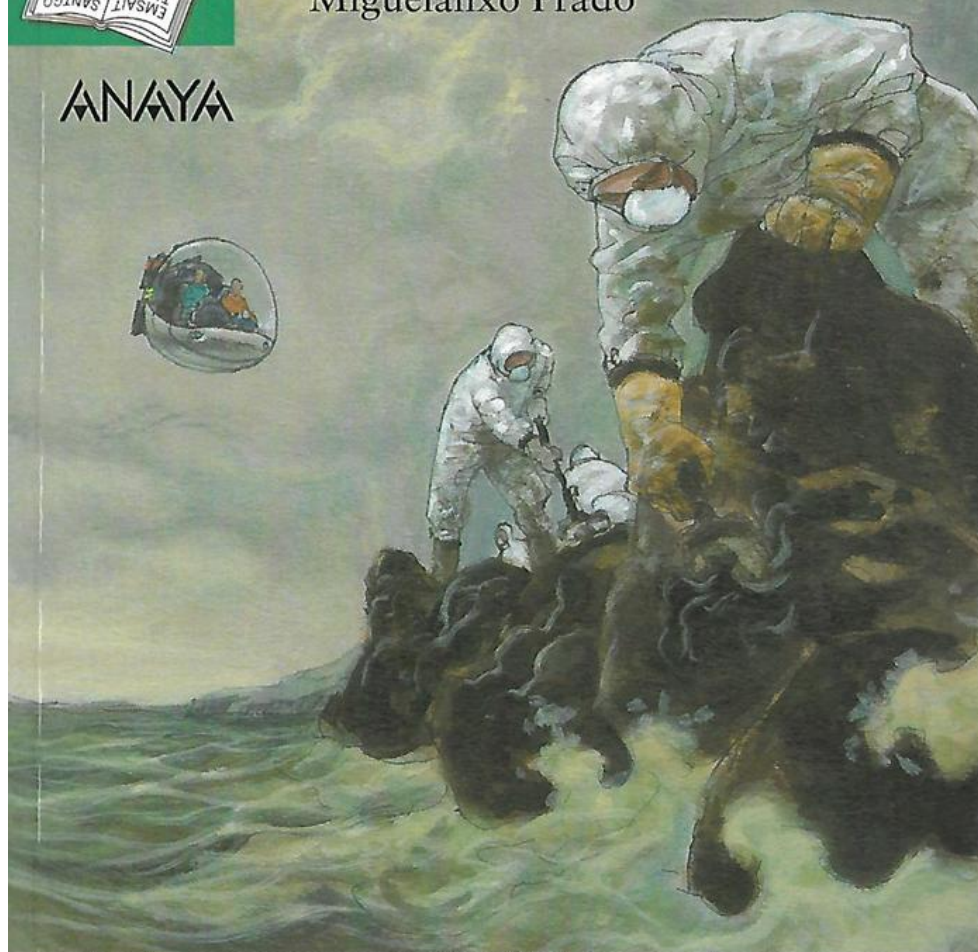
Ramón Caride

# La negrura del mar

Ilustraciones de  
Miguelanxo Prado



ANAYA



*Sheila*

¡Hola a todos! Aquí estoy otra vez dispuesta a contaros, si mi hermano me deja hacerlo sin interrumpirme, que eso es algo que está por ver, una aventura que nos sucedió antes de otras que ya os contamos, y que nos sobreco-  
gió hasta lo más hondo. Y no era para menos, como veréis enseguida. No os lo he contado hasta ahora porque yo soy un poco desordena-  
da, pero antes de embarcarnos rumbo al océa-  
no Antártico ya habíamos estado en el Atlánti-  
co, que nos pilla más cerca. Y digo lo de  
«embarcarnos» porque esta fue nuestra prime-  
ra aventura por mar, después de los viajes por  
tierras argentinas, suizas y gallegas. En esta

aventura nos tocó cruzar el océano de un extremo al otro. Pero vayamos por partes.

Veréis: fue en el año 2076 cuando sucedió esta aventura, en un otoño en el que el mal tiempo y las continuas tormentas nos tenían encerrados en el molino, casi sin permitirnos poner un pie fuera.

La noticia repetida de aquel año en la costa eran los continuos temporales. También en Loureda llovía mucho. Llovía como si no fuera a parar nunca. El aliviadero de nuestro molino tenía que estar siempre abierto, y el paso del canal al mínimo, porque de no ser así, el agua sería capaz de arrastrarnos río abajo, tanto era el caudal que traía que no le hubiera costado ningún esfuerzo.

Aprovechábamos nuestro encierro forzoso para ir adelantando trabajo, haciendo diseños de tapices, de alfombras, y de todo lo que nos encargaban. Porque ya habíamos decidido que en cuanto llegase la primavera nos tomaríamos el trabajo con calma para poder salir más, disfrutar del buen tiempo y del paisaje para compensar tantos días de estar encerrados en casa.

Pero no os creáis que nos aburríamos, de eso nada. También teníamos tiempo para jugar, y de vez en cuando recibíamos amigos. O éramos nosotros los que cogíamos nuestro transportador para ir a verlos. También estudiábamos mucho a través de la red informática; sobre todo Said, que es el estudioso de la familia.

—¡Fíjate, Sheila, este es el otoño con más temporales desde el año 2000! —me dijo un día a media mañana, indicándome la pantalla de su ordenador, mientras la tormenta golpeaba con fuerza contra los cristales de nuestras ventanas—. ¡Qué barbaridad, en la costa hay vientos de más de cien kilómetros por hora, un día sí y otro también! ¿Sabes cuántos metros llegan a alcanzar las olas, ahora mismo, en la zona de Fisterra?

Pero a mí me llamó la atención otra cosa, una notita roja que se encendía y se apagaba en una esquina de la pantalla. Y así empezó todo.

ÚLTIMA HORA  
ALARMA MEDIOAMBIENTAL  
EN LAS RÍAS ALTAS



COSTA DA MORTE (28 / 10 / 2076). Pequeñas manchas aisladas de aspecto oleoso y color oscuro, de origen por ahora desconocido, que en los primeros análisis in situ se revelaron como hidrocarburos de alto punto de destilación, comenzaron a detectarse a primeras horas de esta mañana, en distintos puntos de la costa, sobre todo en zonas rocosas y playas entre el cabo Fisterra y las islas Sisargas. Aunque de momento no se han encontrado pruebas de que haya afectado a la fauna, la flora o el agua marinas, todos los equipos y dispositivos anticontaminación están ya en máxima alerta.

Al leer aquello se nos pusieron los pelos de punta y no tardamos en reaccionar. En esa ocasión Said y yo estuvimos de acuerdo. Nos levantamos dejando todo lo que teníamos entre manos.

—Vamos a coger el transportador. Los diseños pueden esperar. Tenemos que ir allí, a ver si podemos ayudar en algo.

—¿Adónde vamos, concretamente?

—La noticia habla de manchas en playas y zonas rocosas de la costa, se me ocurre que podemos ir al pedregal del Cuño. ¿Qué te parece, Sheila? Es una zona singular...

—Sí que lo es, sin duda. Por cierto, ¿te acuerdas lo bien que lo pasamos hace tres veranos, cuando estuvimos allí con Mamede, Rois y los otros chicos de Loureda, en aquella excursión?

—¿Cómo no me voy a acordar? Y no sabes cuánto los echo de menos.

Aquellos chicos amigos nuestros, de los que ya os hablaré en otra ocasión, se habían ido a vivir lejos, por distintas razones, aunque siempre que podían venían a visitarnos.

—Said, ¿tú crees que las manchas habrán llegado al Cuño?

—No lo sé, Sheila, en la noticia no se especifica. Pero por el emplazamiento que dan de la polución, es posible que se localice allí. En todo caso, enseguida lo comprobaremos. ¡En marcha!

Cogimos lo que nos pareció imprescindible para llevarnos y pusimos rumbo noroeste. Al poco rato estábamos a la vista del mar.

Bajo nosotros divisamos el cabo Touriñán a nuestra izquierda, de frente el pedregal del Cuño, y a la derecha la punta de la Voitra. Tras de ella, Nosa Señora da Barca, en la punta de Muxía. Comenzamos a descender en la ensenada del Cuño. Entonces comprobamos que las manchas de contaminación ya habían llegado: grupos de personas vestidas de blanco y con máscaras, con trajes que parecían espaciales, se afanaban en recoger algo entre las piedras.

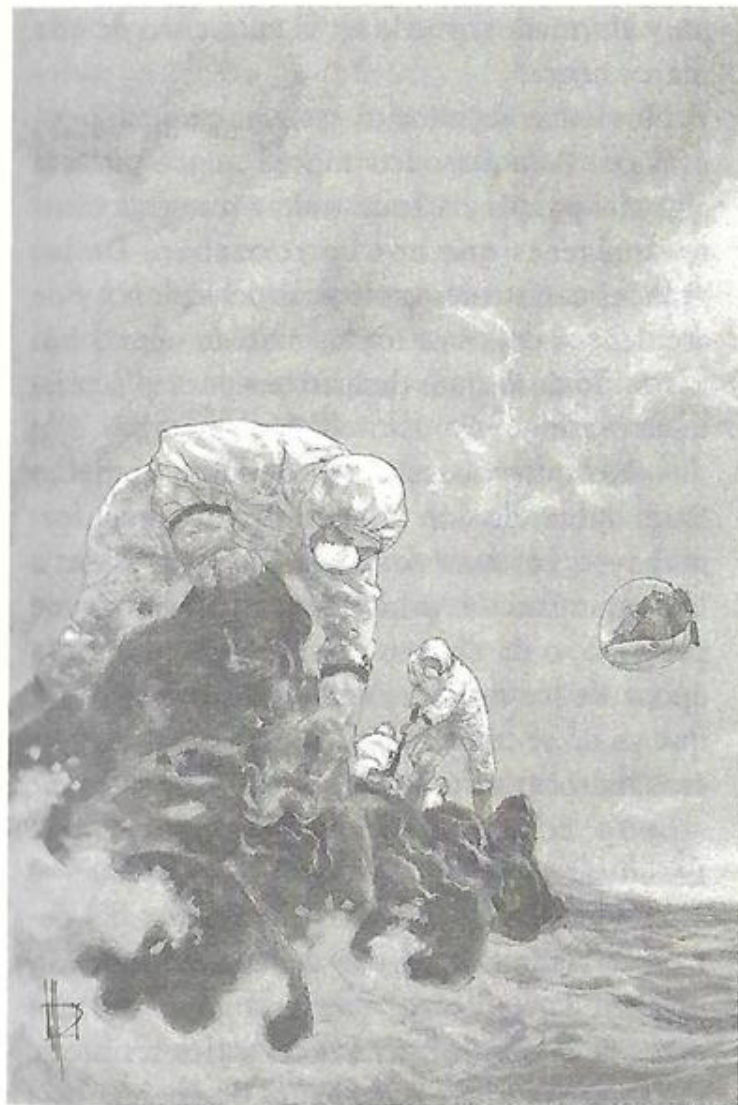
Nos acercamos más y pudimos ver qué era lo que recogían: unas gotas oscuras, viscosas y pegajosas, del tamaño de monedas. Preguntamos qué eran, sin acercarnos demasiado para no estorbar el trabajo de aquellas personas.

Un mujer que estaba manipulando una muestra, dejó un momento su labor para atendernos:

—Soy la doctora Freire, chicos, ¿en qué puedo ayudaros?

Nosotros también nos presentamos.

—Bueno, me imagino que ya habéis visto las noticias —prosiguió—, de lo contrario no estaríais aquí. Son hidrocarburos. Estamos





muy alarmados, puede ser el comienzo de una marea negra.

Nos estremecemos al escuchar aquella expresión. Aunque decir marea negra parecía algo del pasado, la frase traía a nuestras mentes imágenes que nos horrorizaban. De las grandes catástrofes ecológicas del siglo xx y de comienzos del nuestro, las mareas negras habían sido de las más desastrosas para el ecosistema marino.

16

—No entiendo, señora —decía mi hermano Said, hablando con la doctora que nos informaba—. ¿Las mareas negras no eran debidas a la contaminación producida por el vertido de petróleo, o de alguno de sus derivados en la época de los motores de combustión? Ahora que ya no se emplean, ¿de dónde pueden venir esos hidrocarburos?

—Ya veo que estáis bien informados, chicos. Efectivamente, hace varias décadas que se abandonó la explotación y destilación del petróleo. Y también el uso del carbón, cuando dejaron de emplearse definitivamente los motores de combustión y las centrales térmicas. Fueron sustituidos por fuentes de energía más

eficaces y menos contaminantes, como ya sabéis...

—Perdone, pero entonces: ¿de dónde viene este producto que mancha la costa? —interrumpí yo, que ya sabéis que a mí esas parrafadas...

—Eso es lo que estamos investigando, muchacha. Por ahora vamos a ciegas. Los barcos petroleros, oleoductos y demás medios de transporte han sido desmantelados y sus materiales reciclados. En la actualidad no circula por los mares y océanos del mundo ningún transporte de ese tipo. Lo hemos comprobado, y tenemos completa seguridad de ello.

—Y no obstante, este vertido parece reciente —nos hizo notar Said, señalando una de las manchitas y arrugando la nariz.

Así era, las gotas que salpicaban las piedras de la costa eran brillantes, y su olor, como a gasóleo, se hacía evidente al acercarse a ellas.

—Eso es lo que nos tiene desconcertados —reconoció la doctora Freire—. Parece cosa de ahora mismo, de esta misma noche. Todavía no sabemos cómo explicarlo. El problema es que estos días los vientos han rolado muchas

17

veces. El tiempo está muy revuelto, se hace difícil rastrear la procedencia de estas manchas... —De hecho, estaba empezando a llover, las gotas de lluvia golpeaban nuestras caras.

—De todas maneras, confiamos en que, tarde o temprano, daremos con la fuente de esta polución. Lo más urgente es retirarlo a medida que va llegando a la costa. Las aguas y los fondos están limpios en toda la zona. En eso hemos tenido suerte. Estamos en máxima alerta. Tenemos todo dispuesto contra cualquier eventualidad de contaminación. Nos ha cogido preparados porque las autoridades han escuchado a los científicos.

—¿Cómo es eso, doctora?

—Aunque hace décadas que finalizó la era del petróleo —nos aclaró—, los dispositivos de alarma y lucha contra la contaminación no han sido desmantelados, en previsión de incidencias tardías. Hubo mucha polémica en su día, por los costes que esto supone. Ahora comprobamos que estábamos en lo cierto. Y es que, como yo digo: más vale pecar de precavidos que de confiados. Una marea negra no es ninguna broma, ya lo sabéis.

Las ráfagas de viento se intensificaban por momentos. Cada vez llovía con más fuerza. El tiempo en A Costa da Morte es más duro que en Loureda. Había ratos en los que parecía que el viento nos iba a derribar. El traje de aguas de la doctora Freire era mejor que los nuestros. Said estornudó.

—Os estáis mojando, chicos. Y yo tengo que seguir trabajando. —Un compañero de la doctora, seguramente un ayudante, se había acercado mientras tanto con unos instrumentos en las manos—. Bien, espero haberos servido de ayuda. Ahora marchaos y poneos a cubierto. Seguramente en Covelo o en Cuño podréis tomar algo caliente, que buena falta os está haciendo.

—Gracias, doctora, y disculpe que la hayamos entretenido —dijimos—. Seguiremos su consejo.

—No hay de qué, no os preocupéis. Y después regresad a vuestra casa. Ahora que ya os conozco y también conozco vuestro interés, prometo teneros informados de todo lo que vayamos descubriendo.

Se lo agradecemos otra vez y echamos a andar hacia nuestro transportador. Said seguía



estornudando y el viento húmedo continuaba soplando contra nosotros. Una vez bien secos y a cubierto en el vehículo, deliberamos sobre qué podíamos hacer:

—¿Nos volvemos a casa, Sheila? ¿Tú qué dices? La cosa parece que está controlada...

—También el SC-1 parecía que estaba controlado, y sin embargo...

—Pienso lo mismo que tú, hermana. Yo no me vuelvo a Loureda sin saber cómo termina esto.

—Sí, pero lo primero es lo primero. Propongo que vayamos a Covelo a comer algo caliente.

—Estoy completamente de acuerdo, hermana. —Le había tocado su punto flaco, ya lo sabía—. Las aventuras es mejor empezarlas con la barriga llena.

*Sheila*

Covelo es una hermosa villa marinera en el corazón de la costa de Fisterra. Nosotros ya la conocíamos por una excursión que habíamos hecho hacía algún tiempo, y nos gustó volver, aunque esta vez fuera por el problema que entonces nos ocupaba. Covelo es un bonito lugar. Está como escondido en un rinconcito, en la mitad de una pequeña ensenada, casi colgando entre el monte y el mar. La aldea ha ido creciendo alrededor del estrecho fondeadero en el que los barcos de pesca se resguardan de la furia del viento que allí sopla incesantemente. Parece un lugar sin tiempo, con su telaraña de apretadas callejas de



suelo enlosado y sus casitas bajas que parecen trepar por las rocas...

Bueno, un inciso. Ya os habréis dado cuenta de que esta descripción tan literaria no es propia de mi estilo, ¿verdad que no? Lo confieso: me inspiré en unas notas de Said para hacerla. Me apetece que la cosa quede lo mejor posible por la importancia que este pueblo tuvo en la historia, como veréis. Pero solo me inspiré un poco, ¿eh?, algo, no mucho, que ya me parece que puedo oír risitas. Y además, por si queréis saberlo todo, la descripción de Said omite a propósito la principal razón por la que Covelo le gustaba tanto a mi hermano: la posada y la buena cocina de la posada.

Volviendo al relato, que supongo que ya os habréis situado: la posada está en lo más alto del lugar y tiene una vista privilegiada sobre el puerto. Aunque, puestos a contarlo todo, como aquel día había guiso de pescado, no echamos una ojeada a través de los ventanales hasta que no dejamos los platos bien limpios.

Una vez que repusimos fuerzas, y viendo que el temporal había vuelto a amainar, nos pusimos a caminar por la villa adelante. Sobre

todo para que Said pudiera hacer la digestión, porque le había dado al diente de lo lindo.

—Sheila, ¿qué te parece si bajamos al muelle?

—Sí, hombre, ¿cómo no? —me burlé de él—. Tienes razón, será mejor bajar, que tú no estás ahora como para subir cuestas.

Y entre bromas y risas llegamos al puerto. De repente el día se había despejado. El sol lucía en lo más alto. Las casas de tierra, con las nasas y los aparejos de pesca artesanal en los bajos, habían abierto las puertas y las estrechas ventanas para ventilar la humedad de aquellos días, aprovechado la repentina bonanza.

Contemplé con curiosidad el muro de abrigo del puerto. Allí no se veían manchas de hidrocarburo. La imagen amenazadora de aquella villa cubierta de negrura se abrió paso en mi cabeza y me produjo escalofríos. Me volví hacia Said y sorprendí en él una mirada inquisitiva que abarcaba todo el puerto. Sin necesidad de palabras, comprendí que los dos estábamos pensando en lo mismo.

Nos quedamos un rato ensimismados en la contemplación del mar. Después dimos la vuel-

ta y comenzamos la marcha por el muelle, desandando el camino. En aquel momento sucedió una cosa sorprendente. Os lo voy a contar de la mejor manera que sea capaz.

Una viejecita que estaba sentada a la puerta de una casa marinera; una casita de piedra, pequeña y muy bonita, y que, como después supimos, nos había estado observando todo el rato sin que nosotros nos diéramos cuenta, nos llamó:

—¿Tenéis mucha prisa, chicos? ¿Podéis escucharme un momentito?

—No, señora, no tenemos prisa. —La anciana parecía simpática y enseguida se ganó nuestra confianza—. Usted dirá.

—Estaréis pensando que me meto donde no me llaman, pero vosotros no sois de la costa...

—No, no señora. Somos de Loureda, en O Orcellón. Eso está en el interior, bastante lejos de aquí.

—Lo sabía, lo supe en cuanto os escuché hablar, cuando bajabais hacia el mar, hace un rato. Después os quedasteis parados, mirando el agua, quietos como postes. A mí qué me importa, diréis vosotros...

—No, señora, no se preocupe —se adelantó Said que siempre quiere quedar bien.

—No digas nada, muchacha, que ya te veo venir. —Y la mujer guiñaba los ojos—. Tienes toda la razón del mundo y más: soy una vieja entrometida. Debéis disculparme: mis años ya son muchos y la capacidad para trabajar poca, por no decir ninguna. ¿Qué otra cosa puedo hacer para pasar el tiempo si no es sentarme a la puerta, aprovechando este rayo de sol, y curiosear?

—La entendemos, señora. Y no nos parece mal.

—Pero todavía no he terminado de deciros lo que quería. Es posible que sea un poco fisgona, y vieja, eso desde luego, pero todavía no he perdido la cabeza y pienso mucho; como también estoy al tanto de las novedades, me he dado cuenta de que hay algo que os preocupa, algo que tiene que ver con el mar, porque vosotros habéis venido de lejos, el tiempo no es veraniego que digamos, ni hoy es día festivo...

—Lo ha adivinado, señora. Para qué vamos a andarnos con rodeos. Hemos venido por las manchas que aparecieron en la costa.



—¿Estáis preocupados por la marea negra, verdad? Por desgracia yo también sé algo de eso, tened en cuenta mi edad. Es lo que me imaginaba, y por eso os he llamado. Haced el favor de entrar en mi casa, tengo algo para vosotros.

Sin dejar de sorprendernos, señaló la puerta abierta de la casa y nos hizo pasar. Ella entró detrás. La casita por dentro estaba muy limpia. Era estrecha y alargada, de paredes gruesas y blancas. Caminamos por un pasillo, dejando a la derecha un dormitorio y un baño. La parte trasera de la casa era una cocina que, por lo que se veía, también hacia de sala de estar. La ventana de este cuarto, más grande que la de la fachada, daba a una pequeña huerta bien cuidada.

—Sentaos, por favor. La casa tiene mejor vista desde el piso de arriba, pero a mi edad ya no estoy para escaleras. —Nos sentamos donde la señora nos indicó—. Tengo unas pastitas para vosotros.

¿A quién le amarga un dulce? La verdad es que sabían a gloria.

—Antes de nada, mi nombre es Ánxela, pero todo el mundo me ha llamado siempre Lela. Así que Lela seré también para vosotros.

—Encantados, señora Lela. Nosotros somos Said y Sheila.

—¿Señora Lela? No, muchacho. Lela es suficiente, si no me va a parecer que no soy yo. A lo que iba, que ya está bien de rodeos, os he dicho que entraseis porque tengo algo que seguramente os interesa, además de las pastas. Tomad.

La mujer abrió el aparador y cogió algo de allí. Nos tendió un paquetito envuelto en papel de seda. Lo trataba con mucho cuidado, como si fuera algo de gran valor.

—¿Qué es, señora? Perdón, Lela —pregunté, intrigada—. ¿Por qué nos quiere dar esto a nosotros?

—Ya veo que eres curiosa, Sheila. No puedes esperar. Te lo diré enseguida. Solo son unas cartas, cuatro cartas en concreto. Todas seguidas, del otoño de 2002... Solo cuatro cartas, pero para mí tienen mucho valor, muchacha, más que cualquier alhaja. Me las envió mi hermano Daniel, que Dios tenga en su gloria, hace más de setenta años, calcula...

—Pero, señora —empezó a decir Said—, nosotros no podemos aceptar...

—Eres testarudo, muchacho; Lela, llámame Lela.

—Lela— intervine yo, mirando el paquetito—. Por lo que nos dices, son cartas personales, de tu hermano para ti. ¿Por qué nos las quieres dar a nosotros? Eso es lo que no entendemos.

—Lo entenderéis cuando las hayáis leído. Estas cartas son el objeto que más estimo en el mundo, muchacha. Es lo único que me queda de mi hermano Daniel, un mozo como no había otro, listo como él solo y fuerte como un roble. —Una sombra de melancolía asomó a los ojos de Lela, sin llegar a hacerse evidente del todo—. Daniel era mi único hermano —continuó—. Hace ya tiempo que murió. Muy joven, por cierto, y a mí no me queda mucho para ir a reunirme con él. No, no digáis nada, ya sé lo que vais a decirme. Pero las cosas son como son... —Lela estaba ahora desbordada por la emoción—. El motivo por el que quiero daros las cartas es que hablan de otra marea negra, la del Prestige, aquel infierno de chapapote... —Lela se interrumpía por momentos, y le costaba seguir—. Fue a finales

del año 2002. Vosotros todavía no habíais nacido, ni mucho menos. Entonces el mundo era de otra manera. Bastante peor, ya lo veréis. Daniel tenía trece años, los que debe de tener ahora Said. Yo estaba en los Estado Unidos, en un barrio de Nueva York que se llama Queens. Había ido allí a casa de unos tíos, a estudiar. Andaba entonces por los quince años. Nuestra familia estaba muy dispersa, y todavía lo está. Mi hermano me enviaba cartas contándome lo que pasaba y, sobre todo, me explicaba lo que él sentía. Y yo lloraba de pena y de rabia al leerlas. Cuánto lloré... —se le cortó la voz y le caían las lágrimas—. No hubo más cartas porque regresé al terminar aquel año. Fue la Nochevieja más amarga de mi vida, ya veréis.

Lela, conmovida en lo más profundo, consiguió reunir fuerzas para poder terminar:

—Veréis, no he tenido hijos... y tengo ya muchos años. Las cartas me las sé de memoria, hasta la última sílaba. Están clavadas en lo más profundo de mi ser. Ya no necesito leerlas, así que, cuando me enteré de que habían aparecido esas manchas, decidí dárselas a alguien que las mereciera y que pudiera aprender de

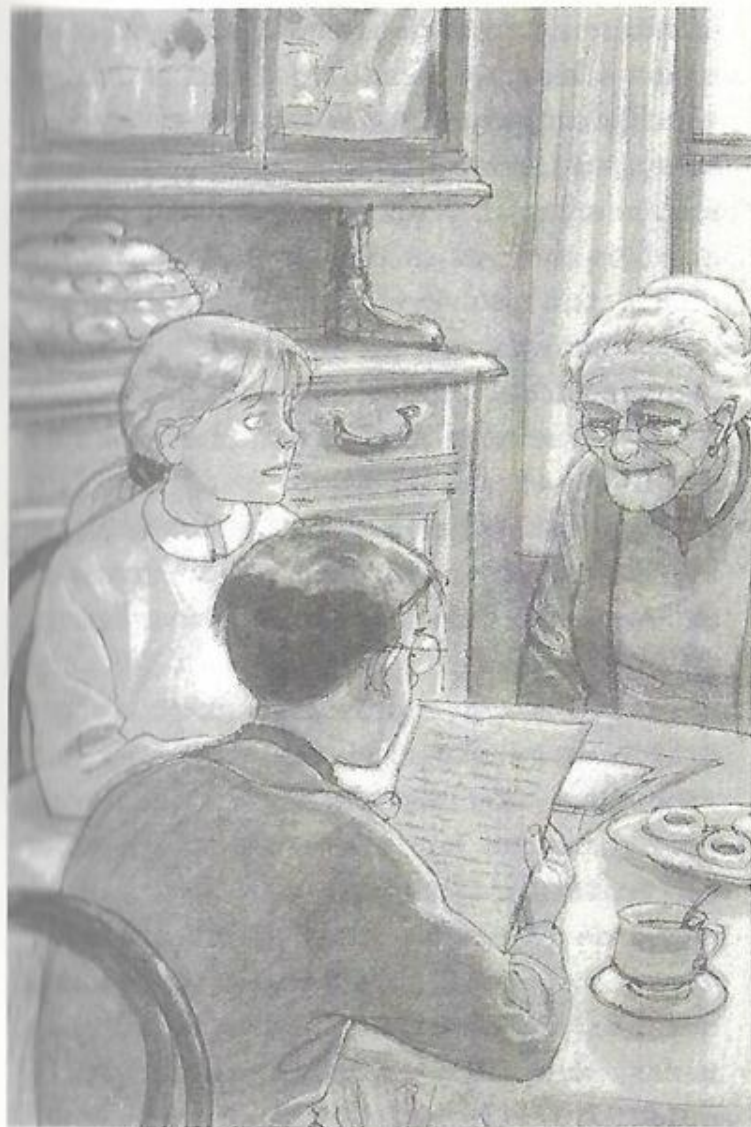


ellas. Alguien joven y valiente como vosotros, para que el espanto que cuentan no se vuelva a repetir nunca más. Son vuestras, sé que haréis buen uso de ellas.

—Gracias, señora —contestamos, emocionados por la confianza que ponía en nosotros—. Pero, ¿cómo sabe que somos las personas adecuadas para recibirlas?

—Lo sé, y con eso es suficiente. ¿Para qué intentar explicarlo? —Lela zanjó nuestras protestas—. El corazón no me engaña. No, a mi edad una ha aprendido a conocer a las personas. Vuestros ojos son limpios y miráis al mar igual que lo miro yo. A vosotros os toca ahora defenderlo. Marchaos y leed las cartas cuando lleguéis a vuestra casa: las palabras de Daniel están en ellas y son como el fuego. Todavía están vivas al cabo de los años, y ellas os hablarán mejor de lo que pueda hacerlo yo. ¡Suerte, muchachos! ¡Id con Dios!

Nos despedimos de Lela y regresamos a nuestro molino, intrigados pero decididos. Nuestros planes habían cambiado completamente con el inesperado encuentro. Tanto Said como yo estábamos convencidos de que la vie-



ja señora no desvariaba en absoluto. Al contrario, sabía muy bien lo que hacía al darnos aquellas cartas que eran tan valiosas para ella. Su avanzada edad y la experiencia de vida que tenía nos hacían pensar que, posiblemente, en aquellos antiguos sucesos podía haber algún indicio para resolver el misterio del vertido actual, concretamente en aquel que ella había mencionado, ocurrido siete décadas atrás.

32

Ya de vuelta en nuestra casa, nos pusimos manos a la obra:

—¿Qué sabes del Prestige, Said?

—Lo mismo que tú, Sheila, lo que tenemos en los archivos. Mi hermano empezó a leer:

La marea negra provocada por el naufragio de este petrolero, a finales del año 2002, ocasionó la mayor catástrofe ecológica que hubiera afectado jamás a la Península Ibérica. La mayor marea negra de la historia, un triste récord. El Prestige era un petrolero monocasco con bandera de conveniencia de las Bahamas, armador y capitán griegos y tripulación filipina. Naufragó con 77000

toneladas de fuelóleo pesado, un derivado del petróleo particularmente tóxico, con mucho azufre e hidrocarburos aromáticos, y muy persistente debido a su alta viscosidad, baja evaporación y lenta degradación en el mar.

—Los daños para el ecosistema marino se prolongaron durante décadas, Said. —Yo también sabía de aquel caos—. El fuel produjo múltiples daños para los seres vivos: Unos directos por asfixia o contacto, en los organismos planctónicos y en los de los fondos; y también en aves, mamíferos marinos, tortugas... Otros indirectos, por contaminación y ruptura de las cadenas alimentarias.

—Pero mira, hermana, lo del Prestige no fue un caso aislado. Solo fue el último de una lista estremecedora.

Miré la pantalla y me quedé asustada:

Polycommander (1970)

Urquiola (1976)

Andros Patria (1978)

Mar Egeo (1992)

33



—¿Tantos, Said? ¿Todos esos barcos naufragaron y contaminaron el litoral gallego?

—Todos, sí. Todos petroleros. Y serían aún más si contásemos los accidentes de cargueros que llevaban mercancías peligrosas, como el Casón, en 1987. Aparentemente, esta época de desastres había acabado, no sin esfuerzo y sacrificio. Pero hoy la negrura vuelve a teñir las piedras de la costa, hermana, ya lo has visto. Siempre la misma basura.

No podía ver a Said desalentado, era superior a mis fuerzas.

—¡Venga, no seas quejica! Mientras hay vida hay esperanza. Para eso estamos nosotros, para evitar que la lista aumente, ¿o no? Y lo primero que haremos, para saber por dónde empezar, es leer las cartas que nos ha dado Lela, porque deprimiéndonos no vamos a arreglar nada.

Y así lo hicimos, abrimos el paquete y empezamos a leer. Seguimos leyendo durante varias horas, absortos y consternados. No era para menos. Juzgad vosotros mismos, a la vista de las cartas. Son estas.

Puerto de Covelo, 17 de noviembre de 2002

Querida hermana:

Estoy muy agobiado y no sé bien cómo empezar esta carta. No hemos querido contarte nada por teléfono, incluso pensamos ocultártelo todo hasta que estuvieras aquí de vuelta, para no asustarte, pero es mejor que lo sepas por nosotros. Supongo que te vas a enterar, de una manera u otra, porque el asunto es grave. De todas formas, estamos bien, por lo menos de salud, porque en lo referente al ánimo, es otra cosa. Y es que si nos vieras en este momento no nos reconocerías, con la mala cara que se nos ha puesto a todos.

Verás Lela, hoy ha sucedido algo terrible. Si estuvieras aquí tú también estarías horrorizada, también temblarías como nosotros. Nunca pensé que llegaría a ver llorar a nuestro padre, todos llorábamos de impotencia mientras las olas ensuciaban de negro las rocas del Mar de Ardora. Las olas traían contra las piedras una masa oscura y pegajosa, de dos cuartas de espesor. Es como el chapapote, como el alquitrán de las carreteras. Se pega en todas partes y no hay quien lo quite, lo mata todo. Ha acabado con los percebes, los de las mejores rocas, los que nuestro padre y sus compañeros reservaban para cogerlos en Navidad. Adiós marisco, adiós peces, adiós mar. Todo basura negra, todo porquería, todo veneno. El pueblo ha amanecido hoy cubierto de fuel. Ya lo esperábamos, por desgracia, pero no podíamos imaginar que fuera a llegar tanto, ni tan espeso, ni tan asqueroso.

Una maldición, Lela, esto parece el fin del mundo, la espuma de las olas es amarilla, color de orines, el olor insoportable, el viento trae más y más fuel contra la costa. Desde punta Coelleira a la punta del Rincho, y tam-

bién en el cabo de Corrubedo, en el de Touriñán, en Muxía, en Camelle, en Malpica, incluso en Caión, ¡qué sé yo!, toda la Costa da Morte está siendo arrasada. Estamos como bajo los efectos de un bombardeo de veneno, con los ojos secos de tanto llorar y todavía sin podernos creer el espanto que nos rodea.

Todo empezó el miércoles 13, y lo que vino después fue una cadena de despropósitos. Sería para echarse a reír si no hubiéramos llorado tanto. Papá me contó ayer, sábado, cómo fueron sucediendo las cosas. Llegó a nuestra casa asustado, todavía incapaz de dar crédito a sus ojos, cuando ya las primeras manchas de chapapote se podían observar desde la punta Coelleira. Por lo visto todo empezó el miércoles 13, como te decía, y esa fecha no se borrará jamás de nuestras vidas, hermana.

Sobre las tres de ese día, un petrolero con una vía de agua estaba a unas treinta millas del cabo Fisterra, en pleno temporal. El buque tenía más de veinte años a su espalda, era viejo y malo, pero el capitán había desafiado el temporal para ahorrar costes... Los tripulantes estaban aterrados, muertos de miedo al ver el bu-



que escorado y las olas que barrían la cubierta de punta a cabo. Los helicópteros los llevaron a tierra y el capitán se quedó a bordo. Ahí empezó la discusión para el remolque entre la empresa aseguradora del barco, el armador y el Gobierno. A todos les importaba mucho el dinero, por lo que parece, y poco el mar. Así nos va, hermana: ellos deciden en los despachos a cubierto y nosotros sufrimos las consecuencias.

38

Entre unos y otros, y con la tardanza en actuar de los remolcadores que llegaron, a falta de otros mejores y más potentes, fue pasando casi un día sin hacer nada y mientras, a causa del mal tiempo, el petrolero se venía contra la costa. El 14 al mediodía ya casi tocaba Muxía, estaba solo a cuatro millas; entonces pusieron rumbo al noroeste durante veinticuatro horas para alejarlo. Las cabecitas privilegiadas que nos gobiernan ya debían de darlo por perdido, y decidieron que, por lo menos, se hundiera lejos, en contra de la opinión del capitán, que quería meterlo en un puerto. Así son, Lela, ¿qué sabrán ellos del mar? Ni tampoco parece que quieran aprender preguntando a los que saben. Se les metió entre ceja y ceja que el fuel

que llevaban los depósitos se iba a solidificar en cuanto el barco tocase fondo, y a otra cosa.

Por lo menos, el viernes todavía estábamos un poco tranquilos, papá comentó que el petrolero iba a 60 millas de la costa para 120 millas en rumbo noroeste. Dijeron que lo iban a alejar así; si se hundía no nos afectaría el vertido, según ellos. Pero de un día para otro nos encontramos con el desastre, Lela. «Se nos viene encima una buena», dijo ayer nuestro padre, y apretaba los dientes lleno de rabia al decirlo. Viraron hacia el sur, desandando el camino. «Mirad, ahora están —era sobre las cuatro de la tarde— a la misma latitud del primer día, solo un poco más lejos. Ahora, si el barco revienta, nos va a tocar de todas todas». Y papá dibujó un triángulo de muerte sobre la mesa de la cocina. Ya el sábado, ayer, desde las puntas de Covelo se veía en el mar un brillo como de grasa que llegaba, flotando con la corriente. Era el fuel que había ido perdiendo el barco mientras lo remolcaban, hermana. Nos llegó de lleno.

39

Los marineros pidieron socorro, en previsión del desastre, pero nadie les hizo caso. Los

responsables, por llamarlos de alguna manera, dijeron que no había peligro, que se trataba de manchas aisladas. Las autoridades no hacen más que decir que aquí no pasa nada, Lela. El fuel ya se olía, con el viento de cara, en Mar de Ardora, pero ellos no se acercaron por aquí, por si acaso. Yo mismo escuché a un alto cargo que decía, hablando por la radio hace un momento, que esta no iba a ser otra marea negra porque las mareas negras son de petróleo y este vertido es de fuel, como si llamarlo de una manera o de otra fuera a cambiar las cosas.

Otro alto cargo salió diciendo que, a pesar de todo, nadie se iba a quedar sin turrón. Olla, tu colega, que ya sabes como es, le contestó: «Sí, hombre, turrón para todos. Estas Navidades, turrón de chapapote». Humor negro, ya ves. Nos reímos por no llorar. El mal tiempo no permite hacer nada, pero nadie es capaz de quedarse en casa.

Estuvimos todo el día en la lonja o en las peñas, mirando, y regresamos a casa por la noche mojados como sopas. Unos jóvenes vinieron con cajas y máscaras, saltando entre las peñas para buscar aves afectadas. Algunos fuimos con

ellos porque no conocían los sitios. Las primeras aves las encontramos nosotros, los de Cove-lo, una era una gaviota toda cubierta de chapapote. Se murió al poco tiempo. Después vimos un alcatraz que aún resistía. Se las llevaron a las dos. Dijeron que iban a aparecer más, cientos de ellas. En la televisión siguen insistiendo en que la cosa no es para tanto.

Es muy tarde, hermana, te dejo. No llores mucho al leer esto, que te conozco. Tenemos que mantener el ánimo. Mañana, como es lunes, hablaremos contigo por teléfono. Ya te escribiré más en cuanto pueda. Besos. Daniel.



*Puerto de Covelo, 30 de noviembre de 2002*

*Querida Lela:*

*Espero que no te deprimas mucho al leer esta carta porque va a ser peor que la anterior, pero tengo que contárselo a alguien porque si no reviento. Y aquí ya todos estamos hartos de tanto repetirnos las cosas los unos a los otros.*

*Todo va de mal en peor, hermana. Nos ha llegado la segunda marea negra a la costa de Fisterra, ¿o será la misma? Y las que vendrán, por desgracia. El chapapote nos va a asfixiar, y todavía más la indignación al escuchar a los que nos gobiernan. Ni siquiera habíamos acabado de retirar el alquitrán de la primera vez*

*por culpa del mal tiempo que no nos ha dado tregua, cuando ya estaba entrando más y más. Y la cosa no tiene trazas de ir a parar.*

*Por lo visto, este fuel es el que fue perdiendo el barco mientras era remolcado, y lo peor aún está por llegar. Que Dios nos ampare, porque el viernes, ahora lo hemos sabido, ya estaba el Prestige con una grieta de cuarenta metros en el medio y siguieron remolcándolo rumbo sur, virando un poco a suroeste desde el sábado 16. El martes 19 se partió y se fue a pique. Seguramente ya lo habrás visto en la televisión. Se partió en dos, y se abrieron muchos tanques soltando todo el fuel, treinta mil toneladas, por lo visto, casi la mitad de lo que llevaba, aunque nadie lo sabe con certeza, ni lo que llevaba ni lo que se ha vertido. Mucho, en todo caso, y todo vendrá sobre nosotros. Y seguimos sin recibir ayuda para hacer frente a esta catástrofe. Todavía estamos solos, Lela, todavía escuchando cosas que nos lastiman. La que más repiten es esta: «Lo peor ya ha pasado». ¿Lo peor para quién? No para nosotros, hermana, no para nosotros. Nosotros no levantamos cabeza.*

Te resultaría difícil reconocer este rincón de la costa, Covelo está sumido en la depresión, como toda la gente por aquí, del Barbanza a Ferrol. También ha llamado el tío Lucho desde O Grobe, muy preocupado. Las autoridades les dicen que las Rías Bajas están a salvo, pero, con tanto despropósito, ya nadie cree en sus palabras. En Corrubedo le contaron al tío que había llegado una unidad anticontaminación del ejército belga para ponerse al servicio del nuestro, y no pudieron hacer nada porque nadie de nuestro ejército se hizo cargo. Y cosas como esta están pasando continuamente, Lela. Es para no parar de contar.

La gente vive bajo este manto negro, sobreviviendo malamente. El mar parece que estuviera asfaltado, oscuro con tanto fuel. Las olas rompen y salpican gotas de alquitrán, en vez de espuma. Nuestra alegría ha desaparecido. Hace solo unos días estábamos contentos esperando la Navidad, contando los días que faltaban para su llegada. Ahora todo se acabó: la gente duerme mal y habla peor. Mamá está con los nervios a flor de piel y grita por menos de nada. Papá no está para bromas, se pasa el día

en la cofradía o retirando fuel cuando el temporal da un respiro. El abuelo se ha vuelto como un niño pequeño y no quiere que lo dejemos solo ni un instante, está muerto de miedo, no parece el mismo. El otro día me dijo, muy bajito para que papá y mamá no escuchasen: «Danieliño, volvemos a estar en guerra...». Pero llegó mamá y no dijo nada más, se pasó el resto del día callado como un muerto, mirando el fuego de la chimenea. No sé qué habrá querido decirme, porque no volvió a hablar de ello.

En el colegio, el profesor nos preguntó hace unos días cuántos de nosotros tenemos familiares que trabajen en el mar. Se levantaron catorce manos, Lela, porque somos catorce en la clase. Pero ayer nos preguntó cuántos queríamos seguir ese oficio de mayores. Yo fui el único que levantó la mano, con esto te digo todo.

A Olalla le preguntaron ayer para un periódico, porque han venido muchos periodistas, ¿sabes?, hay más periodistas que gente para limpiar la costa; hay que verlo para creerlo. Pues le preguntaron: «¿Por qué crees tú que los que mandan dicen que no hay proble-



mas?». Y Olalla no se cortó: «Para ellos es verdad, donde ellos viven no hay mar, así que para ellos no hay ningún problema».

Los gobernantes han prometido darles dinero a todos los marineros afectados. Quieren comprar nuestro silencio porque en el extranjero se empieza a hablar mal de lo que han hecho. ¿Cuál es el precio del mar, Lela, lo sabes tú? A lo mejor es cierto que todo se puede medir con dinero. ¿Pero quién les dará dinero a todos los peces afectados, a todas las aves afectadas, del-fines, erizos, a todas las rocas, a todas las arenas, a todos los berberechos, navajas, sargazos, a toda el agua del mar? Algunos marineros agacharon la cabeza y se callaron. A mí me da mucho coraje, yo no me pienso callar, y en nuestra casa tampoco. No hay dinero suficiente en todo el mundo para pagar lo que nos han hecho.

El tío Ramón me contó que hace diez años ocurrió algo semejante en A Coruña, con un barco que se llamaba Mar Egeo. Entonces no hubo medidas para atajar aquella catástrofe y ahora tampoco las hay. El abuelo dijo que ya en el año 43 había embarrancado un petrolero alemán con dieciséis mil toneladas. También el

profesor nos dijo que no era la primera vez que pasaba esto, ni la segunda ni la tercera. También nos dijo que cada día pasan varios cientos de buques-chatarra como el Prestige cerca de nuestras costas, por un auténtico corredor de la muerte. ¿En qué país estamos viviendo, Lela? ¿Cuántas desgracias más tendrán que ocurrir para que se tomen medidas preventivas?

Los políticos no aparecen por aquí. Por lo visto no se quieren manchar las manos con el chapapote. El tío Ramón dice que ya vendrán dentro de unos meses, en tiempo de elecciones, a buscar votos para seguir viviendo bien y continuar diciendo mentiras por la televisión. Estamos solos, Lela. Solos y asqueados, si no fuera por algunas personas de buen corazón que han venido, algunas desde muy lejos, como voluntarios a recoger el chapapote con nosotros. La gente empieza a protestar, ya no aguantan más. El otro día hubo una manifestación en Muxía, fuimos allí con el colegio, todos en autobús. Un grito empieza a recorrerlo todo: «¡Nunca más!». Se ha convocado una gran manifestación en Santiago para pedir dimisiones y para que no nos callen la boca. En

*Covelo vamos a ir todos, ya te contaré, por lo menos vamos a juntarnos para soltar el veneno que nos han metido dentro.*

*Porque la cosa es todavía peor de lo que te he contado hasta ahora, por eso que te decía al principio, lo de las mareas negras que aún están por venir. El petrolero, ya lo sabrás, está partido en dos en el fondo a más de tres mil metros de profundidad. Ahora nuestras autoridades dicen que ya no vierte, pero los extranjeros insisten en que sí, que sigue perdiendo fuel, miles de toneladas cada día.*

*No nos vamos a quedar de brazos cruzados a esperar el dinero mirando el mar petroleado. Somos marineros, no mendigos, como dice papá. En las ciudades cenarán el mes que viene centollo escocés o langostinos de Tailandia. Estará mejor o peor que el nuestro, ese es el problema para algunos. Pero nuestro problema es otro, Lela, nos han robado el mar, y otro mar no se puede comprar con dinero. ¿Cuándo regresas, hermana? Habíamos quedado en que vendrías para Nochebuena, pero ahora con todo esto... En cualquier caso, te llevo siempre en el pensamiento. Muchos abrazos. Daniel.*

5

*San Hadrián de O Grobe,  
5 de diciembre de 2002*

*Querida Lela:*

*¡No sé ni por dónde empezar, son tantas las cosas que han pasado en estos pocos días desde que te mandé la última carta! El domingo, día 1, como ya te comenté, fuimos a manifestarnos a Santiago. Había tanta y tanta gente que ni se podía contar. Fue la manifestación más grande de la historia, según la prensa, y todos gritamos para pedirles cuentas a los responsables de este despropósito. Ellos siguen haciendo oídos sordos, pero el tiempo se encargará de ponerlos en el lugar que se merecen,*



*que es todavía más hondo que el que ahora ocupa el petrolero.*

*La plaza del Obradoiro, ya sabes lo grande que es, se llenó muchas veces. La gente no cabía. Por primera vez sentí que los marineros no estábamos solos. Allí nos encontramos con el tío Lucho. No fue fácil vernos entre tanta gente, aunque habíamos quedado días antes por teléfono. Estaban todos: la tía Dora, Xenxo, Lara, Xacobe, y también Lucía, ¿te acuerdas de ella?, que había ido con sus padres.*

*Comimos juntos y fue una suerte que hubiéramos llevado la comida, porque llovía mucho, y en ninguna parte había sitio para comer. Después, por la noche, me tuve que venir con ellos a San Hadrián, nuestros padres y los tíos ya lo habían acordado sin decirme a mí nada. Pensaron que era lo mejor, que en Covelo estábamos demasiado trastornados con tanto chapote y que en Arousa podría respirar. Yo no sé si acertaron, ya verás qué pasó.*

*Una mancha gigantesca de fuel, la que salió del Prestige cuando el barco se hundió, se vino contra O Grobe; el viento viró al sur y la mayor marea negra amenazó las Rías Bajas. La*

*gente se vio perdida. Por más que lo habían pedido una y otra vez, no tenían nada para hacerle frente, a pesar de los días transcurridos desde el hundimiento y de las protestas: ni planes de emergencia, ni medios, ni barreras, ni colectores, ni herramientas adecuadas siquiera. Nada de nada. Las autoridades erre que erre que aquí no iba a llegar la marea negra y, de repente, ya estaba en la boca de las rías. Pero la gente no se acobardó, le salió al encuentro con lo poco que tenían. Con los barcos de las bateas, con lanchas pequeñas, con contenedores de basura, con palas, con cestos, incluso con las manos desnudas.*

*Con las manos desnudas, hermana, ya lo habrás visto en las fotos. Echándole coraje como un solo hombre: mujeres, hombres, niños. ¡Fue algo digno de verse! Cada vez que me acuerdo me emociono y los ojos se me llenan de lágrimas. Luchando a brazo partido, sin esperar nada de nadie, solos, como siempre hemos estado. La lonja de O Grobe era como el cuartel general de un ejército: unos cocinaban, otros lavaban a los que volvían al puerto después de descargar el fuel, mientras otro turno*

de marineros salía a sustituir a los que se retiraban del mar. La tía y los primos, como mucha otra gente, tejían redes y hacían barreras para detener el fuel, porque no teníamos nada para hacer frente al alquitrán, y seguimos sin tenerlo.

Yo ayudé a los herreros a hacer aparejos con alambres reforzados y a perforar sartenes de acero, añadiéndoles además un mango. Así hicimos herramientas que sirvieron para no tener que coger el chapapote con las manos, porque las palas no escurrían el agua y los aparejos de red normal se rompían con el peso. La actividad era incesante, cuanto más chapapote sacábamos, más llegaba. Parecía no tener fin. Nos veíamos perdidos. Los contenedores que traían los barcos se vaciaban en los camiones con excavadoras, y a continuación se cargaban de vuelta para el mar... Un hormiguero, nadie permanecía ocioso, todos estaban en acción. Hemos dormido muy poco estos días, desde el martes hasta hoy jueves.

Pero estoy orgulloso de este pueblo, hermana, y tú también puedes estarlo, cuéntaselo a todos por ahí. Del pueblo, no de los que lo go-

biernan, que de nuevo se escondieron en sus madrigueras cuando las cosas vinieron mal dadas, y dieron la batalla por perdida. Se dice que fueron cinco mil marineros los que estuvieron trabajando, contando solo los de Arousa, muchos de ellos jugándose la vida entre las olas, con pequeñas embarcaciones que parecían cáscaras de nuez a punto de naufragar, y todos los demás en tierra apoyando, en Aguiño, en O Grobe, en la Isla de Arousa, en Cangas, qué sé yo... Papá y el tío Ramón también vinieron para ayudar, y otros marineros de arriba. Todo era solidaridad y coraje. Nadie tuvo que organizarnos ni darnos consejos. Lo hicimos todo nosotros, los marineros, los mariscadores, las cofradías, algunos ayuntamientos... La gente del mar lo hizo: paramos la marea negra, por primera vez, nunca se había visto nada igual, con poca ayuda, o con ninguna.

Aun así, nos hacía falta suerte, y la hemos tenido. Ya no podíamos más pero, hace solo unas horas, al mediodía de ayer, el viento sopló por fin de norte, lo que hizo que el «xurro», que es como llaman aquí a la corriente de agua dulce que traen los ríos, el Ulla y el

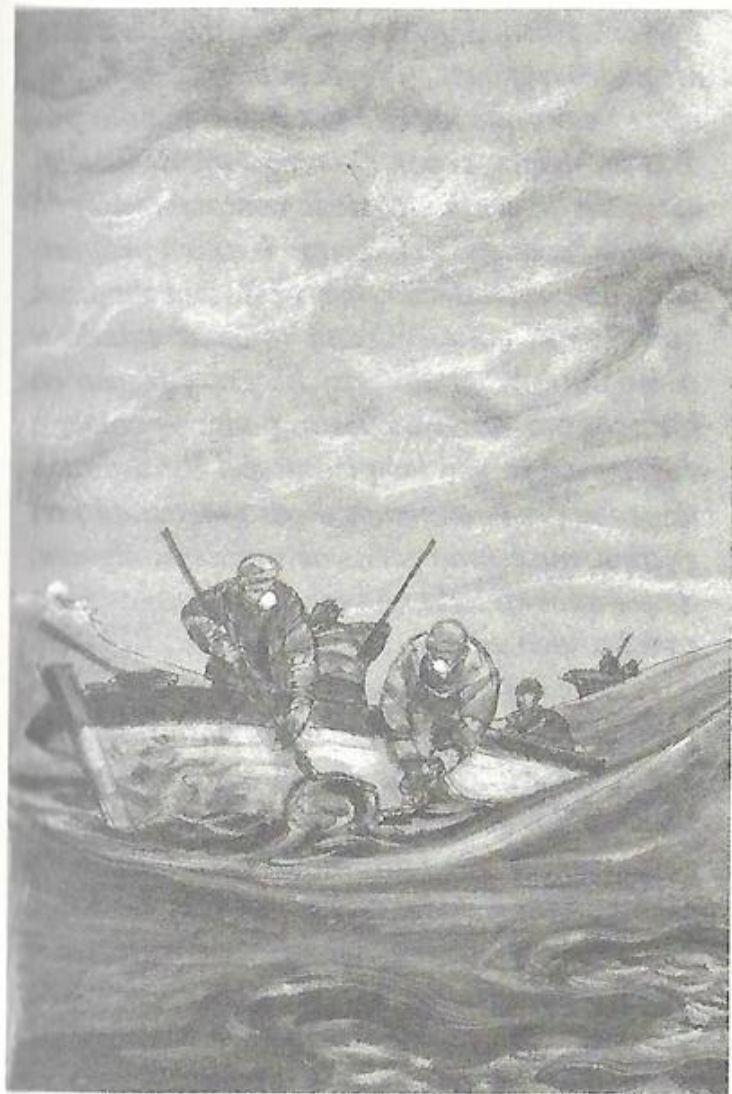


*Umia sobre todo, se llevara el asqueroso alquitrán fuera de la boca de la ría y nos diera un merecido respiro.*

*Ahora bien, Lela, la victoria no ha salido gratis. Las pérdidas aquí han sido muy grandes, de dinero y de cosas todavía peores. Todas las islas del exterior de la ría: las Cíes, Ons, Sálvora, están asfaltadas de chapapote. Acababan de declararlas Parque Nacional. Ahora pasarán años hasta que podamos volver a pescar en ellas. ¿Lo llegaremos a ver nosotros, Lela?*

*Y mientras, el monstruo sigue soltando veneno desde el fondo de la fosa donde quisieron enterrarlo. La proa y la popa siguen soltando fuel por muchas grietas. Hoy por fin han tenido que reconocerlo. Como siempre, portugueses y franceses lo advirtieron antes. Los científicos insisten en que no se les consultó ni se les escuchó, dicen que el fuel va a seguir saliendo y que las corrientes lo traerán todo a la costa, más tarde o más temprano. Hablan de una amenaza ecológica permanente.*

*Los políticos no cesan de repetir que llevar el buque mar adentro fue la mejor decisión y que así evitaron una catástrofe mayor. ¿Todavía*



mayor? ¿Con cientos de kilómetros de costa afectados a la vista, y ya no hablemos de lo que no se ve porque no está flotando? ¿Cómo podría ser mayor, si con ese remolque demencial extendieron el abanico de la contaminación de tal manera que si lo hubieran hecho a propósito no les hubiera salido mejor? Y también dicen que para el verano estará todo arreglado y como antes. Cuando escucho eso y pienso en los años que tardará nuestro padre en volver a coger percebes en las piedras del Rincho, que tienen en este momento medio metro de fuel encima, me entran ganas de morder a alguien, de pura rabia, Lela. ¿Se creen que somos idiotas? Los animales no se siembran...

O quizás sí; a lo mejor pueden hacer milagros. ¿Por qué no los hicieron entonces para evitar el vertido? Los científicos avisan también que los efectos del fuel serán peores a largo plazo, si no se retira todo. Hay demasiado alquitrán para poder retirarlo completamente, y ni siquiera el tiempo ayuda. Mucho está en el fondo o va entre aguas, porque aparecen nasas y aparejos impregnados de fuel, incluso en zonas en las que todavía no había llegado.

Han venido muchos más voluntarios para ayudar a limpiar, aunque al principio les pusieron mil y una trabas y dificultades para permitirles colaborar, sobre todo en nuestra costa, en la de arriba. ¿Puedes creértelo, Lela? En estos días también ha llegado el ejército. A buenas horas; tres semanas han tardado.

Nuestro ánimo está ahora un poco mejor con la batalla que hemos ganado en las Rías Bajas, pero la cosa es todavía muy seria. El tío Lucho anda abatido, no sé qué le pasa. Aquí he conocido amigos nuevos estos días, pero te echo mucho de menos, hermana.

¿Qué se cuenta de todo esto por las Américas? Llama tú a O Grobe, Lela, en cuanto puedas. Un beso así de grande. Chao. Daniel.



*San Hadrián de O Grobe,  
19 de diciembre de 2002*

*¡Hola, Lela!*

*Cuento los días que faltan para volver a verte, que son ya muy pocos. Mamá me anunció la semana pasada, una de las noches que hablé con ella por teléfono, que estarás de vuelta muy pronto, el primer día que puedas después de Nochebuena, en cuanto consigas billete de avión. Así estaremos juntos en fin de año. Tengo ganas de verte. Por aquí las cosas no mejoran, al contrario. Sabrás que el tío Lucho está hospitalizado, la cosa es grave.*

*El tío está mal, muy mal, debe de ser por haber respirado toda esa porquería negra que*

*trajo el mar estos días pasados. Desde el pasado jueves, el mismo día que te escribí la última carta, cuando volvió del mar reventado, después de tres días sin parar entre el mar y la lonja y se sentó a comer mareado, ya no es el que era. Anteayer, de repente, se quejó de un dolor en el pecho que le bajaba por el brazo.*

*Era un infarto, se lo llevaron a Vigo en una ambulancia y todavía está en la UCI, en estado crítico. Estamos destrozados. Para mí, y no soy el único que lo piensa, esto del tío ha sido causado por la impresión de estos días, por ver el mar como lo estamos viendo.*

*Han venido papá y mamá y los tíos de allá. Mañana nosotros regresaremos a Covelo para esperarte a ti. El fuel sigue llegando y seguimos sin medios para combatirlo. El patrón mayor de O Grobe se ha puesto en huelga de hambre para reclamarlos, y el Gobierno les pidió ayer mismo ayuda a los marineros para hacer frente a la nueva marea negra que se nos viene encima, la tercera, la que está saliendo del buque hundido en el fondo del mar.*

*Esta se dirige hacia el golfo de Vizcaya. Y de pasada nos volverá a tocar a nosotros, en*

los cabos del norte. En Covelo tampoco nos libraremos, por si todavía quedaba algo sin ensuciar.

Ya hay más de mil kilómetros de costa contaminados, y parece que no va a parar ahí. Las aves afectadas son trece mil, según me dijo ayer Quinso, que está en un grupo ecologista, pero podrían llegar a cincuenta mil antes del verano.

60

Estamos dejados de la mano de Dios, Lela. Aunque esos días pasados el viento ayudó en las Rías Bajas, y con la colaboración de todos, los de aquí y los que vinieron de fuera, que se reventaron los brazos y la espalda recogiendo chapapote, la marea no entró. Fue un pequeño alivio. Pero el peligro no ha desaparecido. La mancha grande va ahora hacia el norte, como te decía... ¿Adónde irá a parar? ¿A qué marineros hará llorar ahora? ¿A qué animales va a matar? Aún seguirá haciendo mucho daño antes de pegarse a las rocas. Y vendrán más. ¿Hasta cuándo? ¿Por qué no hacen algo para solucionarlo de una vez? Si es que se puede hacer algo, porque han hundido el barco en el peor sitio y a tanta profundidad no es fácil actuar.

Dicen que un batiscafo va a empezar a sellar las grietas. Pero eso es pan para hoy y hambre para mañana, un parche. Si no retiran el fuel del buque, cualquier día reventará y saldrá todo, más tarde o más temprano, porque la corrosión del mar no perdona. Por lo visto aún quedan cuarenta mil toneladas de fuel dentro de una de las partes del barco que está en el fondo. ¿Qué va a ser de nosotros, hermana? ¿Será más difícil sacarlas de ahí que enviar hombres a la Luna?

61

El mar es nuestra principal industria, Lela, ¿tendremos que vivir para siempre de la caridad? Aunque ahora desaparezcan los vertidos, esto es una bomba de tiempo para los que vengan detrás. Y quién sabe si es la única, quién puede asegurar que en algún lugar perdido del océano no reposa en este momento alguna otra catástrofe adormecida, algún regalo mortífero para las generaciones futuras.

Ahora se empieza a saber qué pasó realmente al principio, por más que intentaron encubrirlo todo lo que pudieron. Viene en los periódicos: el ministro admite que fue él quien ordenó alejar el buque cuando estaba solo a



cuatro millas de la costa, y ahora está confirmado que esto fue lo que extendió tanto el abanico de la contaminación. Nunca antes se había hecho una barbaridad semejante, y para decidirlo solo contó con el asesoramiento de cuatro altos cargos de su ministerio, cuatro políticos y un práctico del puerto. Ningún oceanógrafo, ningún biólogo, ningún científico relacionado con el mar. Ningún marinero, si quiera.

62

Cualquier marinero podría haberles dicho que el mar no es como la tierra, que el mar es ancho como Castilla y hondo como un mundo, pero el mar no guarda nada que se quiera esconder en él. El mar está vivo y va y viene, no para, el mar es movimiento, y si tiras algo en mar abierto, acaba llegando a tierra en pocos días o en meses o en años, que el mar es fértil, pero no está sujeto a la tierra, como el suelo de los campos. La esencia del mar es el movimiento... ¿Tan difícil es de entender, hermana? ¿Cómo pueden ser responsables del mar sin saber esto?

También insisten los periódicos en algo que yo ya te comenté, que se equivocaron dos ve-

ces: primero cuando ordenaron alejar el Prestige a ciento veinte millas, y después, el segundo error, cuando dejaron en manos de una empresa de salvamento holandesa la gestión de un petrolero herido de muerte que sangraba fuel. Así se quisieron desentender de todo. Esta empresa puso rumbo sur, al parecer con la idea de dirigirse a África, a algún puerto que aceptase un buque agrietado, que perdía toneladas de chapapote. Esta decisión, como te conté en la primera carta, fue clave para que la marea negra nos diera de lleno. Y nuestras autoridades no hicieron nada para evitarlo, pasaron de todo.

63

El fuel ya ha llegado a Asturias, al País Vasco, a la costa francesa. Pero aquí seguimos llevando la peor parte. Nos llega más ración que a nadie, llueve sobre mojado. Esto ya se ha convertido en una enojosa rutina. Sí, por desgracia se ha convertido en una rutina, y las televisiones van reduciendo el espacio dedicado a hablar sobre la marea negra. Quieren noticias frescas. Frescas como era el pescado del día que ya no tenemos. Lo único que no disminuyó es el alquitrán que sigue llegando a Cove-

lo, y a Lira y a las islas Sisargas, y a esta punta de la Lanzada también. No para de llegarnos más y más, sobre todo en el Con Negro, cerca de la casa del tío Lucho, donde yo estoy vi-  
viendo estos días.

Las autoridades insisten, un día sí y otro también: lo peor ya ha pasado. Lo peor para ellos, porque esperan que la gente se canse de protestar y no siga pidiéndoles cuentas. Y a lo mejor así es. Ahora, con las fiestas, los medios hablan de nosotros cada vez menos, lo nuestro empieza a ser un mal crónico y ya no es noticia.

Disculpa el humo negro, hermana; si hablo así es porque el dolor ya nos está volviendo locos. Estamos cansados, Lela, cansados y hartos, afónicos de tanto gritar y de que no nos entiendan; nosotros no queremos dinero para que nos tapen la boca, solo queremos que nos devuelvan el mar, nuestro mar, para trabajar en él.

Ya casi no nos queda voz, pero todavía tenemos que hacernos oír más alto: que nos escuchen en Madrid, en Bruselas, en el mundo entero, para que esto no vuelva a suceder. Y que no sigan diciendo que hicieron bien al exten-

der esta basura, emponzoñando todo el mar, desde el sur del Miño hasta Francia. ¿Cómo pueden ser tan soberbios? ¿Cómo es posible que les importemos tan poco? ¿No habremos aprendido nada después de tanto sufrimiento?

Esta vez me he lanzado a escribir, hermana, y no he sabido parar. La carta está resultando demasiado larga, y eso que dentro de pocos días te veré de nuevo y podremos hablar todo lo que queramos. También tú tendrás cosas que contarnos, con todo el tiempo que llevas fuera de casa... En fin, no quiero liarme más. Iré a recogerte a Compostela con nuestros padres para darte el abrazo más grande que nunca te he dado. Por ahora, besos de todos. Daniel.



Cuando Sheila terminó de leer en voz alta la última carta, nos miramos en silencio. Sin necesidad de palabras los dos sentíamos nuestros corazones estremecidos. Era como si Daniel hubiera vuelto a la vida para contárnoslo todo con su propia voz.

Como un inesperado regalo del pasado, teníamos ante nosotros la visión de un muchacho que se había enfrentado con un problema semejante al nuestro, y que ya no existía. Comprendimos muchas cosas que no estaban en las cartas, al recordar las palabras de Lela y relacionarlas con lo que acabábamos de leer. La muerte del tío, el desamparo ante la catástrofe,

la angustia de los que habían perdido su mar y su forma de vida...

—Said, Lela ha querido decirnos algo más con estas cartas.

—Claro, Sheila —corroboré yo—, que debemos atajar la marea negra cuanto antes, que no solo hace daño al ecosistema sino también a las personas, y...

—No me has entendido, no es eso. —Mi hermana es muy testaruda y cuando se le mete una cosa en la cabeza, no la deja fácilmente—. No hablo de las consecuencias de la marea negra, sino de las causas.

—¿De las causas?

—De las causas. ¿Cuál es la causa de este principio de marea negra que estamos padeciendo?

—Un vertido de origen desconocido, Sheila.

—A eso voy, Said. Lela nos ha dado estas cartas no solo para hacernos ver los daños de la contaminación, que ella ya sabía que nosotros estamos mentalizados sobre eso...

—¿Entonces?

—Entonces, es posible que ella piense que aquella marea negra en 2002 y esta de ahora tienen algún tipo de relación.

—¿Hablas de un naufragio, Sheila? Pero eso es imposible. Hoy en día ya no se transporta petróleo por mar, desde hace más de treinta años. Recuerda lo que nos dijo la doctora. En la actualidad no circula por los mares y océanos del mundo ningún transporte de ese tipo. Ya no hay barcos petroleros, Sheila, ni yacimientos petrolíferos.

—Pues eso es lo que no entiendo, Said. Ahí es donde no encajan las piezas. Las manchas podrían llegar del mar, parece que llegan del mar, y en el mar no puede haberlas...

—A no ser que... —interrumpí yo.

—¡La última carta! —exclamamos los dos al mismo tiempo.

Buscamos a toda velocidad aquel párrafo, aquellas palabras que resonaban dentro de nuestras cabezas. Como si Daniel las hubiera escrito siete décadas atrás pensando precisamente en nosotros. Allí estaba, con su asombrosa evidencia:

*... quién puede asegurar que en algún lugar perdido del océano no reposa ahora mismo otra catástrofe adormecida, algún regalo mortífero para las generaciones futuras.*

Mi hermana no necesitó nada más, ya estaba lanzada:

—Said, imaginemos que algún buque, hace décadas, se haya ido al fondo sin que nadie advirtiera nunca el naufragio, y que el combustible esté vertiéndose precisamente ahora, al cabo del tiempo, al romperse los tanques por la corrosión del mar. Eso lo explicaría todo...

—¡Un momento, Sheila! No pongas el carro antes que los bueyes. Todo eso no son, por ahora, más que fantasías.

—Entonces, ¿por qué Lela ha visto semejanzas entre el caso actual y el de su juventud?

—Pero, Sheila, que ella haga las mismas suposiciones que nosotros no es una prueba, ¿entiendes? No podemos ir por ahí diciendo que hay un barco hundido y contaminando, sin tener ninguna prueba de ello.

—¡Tienes razón, Said! —Sheila se quedó un momento pensativa.

—¡El barco, eso es! Tenemos que encontrar el barco, y todo estará resuelto.

—Muy bien Sheila, más claro que el agua. ¿Y por qué parte del fondo del mar empezamos a buscar? ¿Como el océano es tan pequeño!



Esta vez Sheila se calló, aparentemente tocada por mi ironía. Pero no tardó en volver a insistir:

—Said, si un barco se hundiera y el armador lo mantuviera en secreto, ¿cuál podría ser la causa?

—Que hubieran hecho un transporte delictivo, supongo. Es la razón que se me ocurre, que fuera alguien sin escrúpulos y que se arriesgase a una sanción grave en caso de ser descubierto. En esa situación, si no tuviera conciencia del mal que podría ocasionar al cabo de los años cuando la corrosión afectase al casco, lo ocultaría todo el tiempo que pudiera.

—Sí, yo estaba pensando lo mismo. Ahora bien, Said, si desde hace treinta años no pueden circular barcos con mercancías tóxicas ni peligrosas, e incluso entonces las restricciones eran muchas...

—Ya sé a dónde quieres ir a parar, Sheila ¿por dónde pasaría hace treinta años un barco que llevase algo no autorizado frente a nuestras costas? ¿Qué ruta haría? Supongo que seguiría un camino corto y bien conocido.

—¡Exactamente, Said! ¡Eso es! El corredor de tránsito marítimo de Fisterra, el corredor de la muerte. ¿No era así como lo llamaban? Ese debe ser el camino.

—Ya lo había pensado yo también, Sheila, pero mira aquí: el corredor del que habla Daniel ya no se empleaba hace treinta años, ni tampoco hace cuarenta. Esa ruta dejó de utilizarse mucho antes de que desaparecieran estos buques de transporte. Tú misma lo has visto: era peligrosa para la costa porque pasaba a solo 25 millas.

—Pero, Said, precisamente por eso la emplearían. Si era un transporte clandestino, ¿qué mejor que emplear una ruta abandonada?

Fue entonces cuando yo me decidí:

—No perdamos más tiempo. Venga, coge la copia de esta carta marina con la situación del corredor, y apresúrate, ¡nos vamos!

—¿Adónde, Said?

—¿Adónde va a ser? A la costa. Tenemos que buscar un transportador submarino, equipado con paredes que resistan la presión y con luces potentes para explorar el fondo, a ver si encontramos nuestro barco fantasma.

Y así lo hicimos, aunque nos costó bastante dar con un vehículo que se ajustase a nuestros propósitos. Los transportes submarinos de recreo no son fáciles de alquilar en el invierno. Finalmente, en Aira do Louro, no muy lejos de Carnota, encontramos un transportador que podía servirnos. Xulia, una joven de veinte años, rubia y muy simpática, era la encargada de pilotarlo.

72

El transportador submarino era un vehículo mucho más grande que el nuestro. Se dedicaba a hacer inmersiones turísticas, sobre todo durante el verano. Al principio a Xulia le extrañó mucho nuestra petición, y más aún proviniedo de dos chicos tan jóvenes. Además, como ella tendría que acompañarnos pilotando, decidimos contarle todo y ponerla al corriente de nuestras sospechas.

—La verdad es que esa sugerencia vuestra no me parece tan disparatada. Es curioso, hace unas horas yo tuve una idea parecida, que la contaminación podía venir del fondo, aunque no sabía de dónde. —Xulia estaba asombrada por la coincidencia—. Incluso se lo comenté a mi padre y le propuse que fuéramos los dos a echar un

vistazo. Pero a él no le gustó el plan en absoluto. Me dijo que no se me ocurriera hacer ninguna inmersión, porque el transportador submarino es caro y difícil de manejar y en esta época del año el mal tiempo puede provocar una avería. Así que ya había descartado la idea...

—No te preocupes por eso —contestamos nosotros—. Tenemos dinero para pagarte cualquier contingencia.

—Pues entonces, está hecho. Venga, enseñadme esa carta.

Xulia estudió la carta de navegación atentamente.

—Había dos vías en el corredor, separadas, una descendente para los barcos que iban del norte de Europa al Mediterráneo, y otra ascendente para los que hacían la ruta contraria. Empezaremos por la descendente, recorriéndola por su centro, lo más cerca del fondo que podamos.

—¿Y tu padre? —pregunté porque aún no las tenía todas conmigo.

—Por ese lado no te preocupes, Said. Hablaré con él ahora mismo. Si pagáis por adelantado no habrá problemas. Le diré que sois dos

73



turistas excéntricos a los que no les gusta el buen tiempo ni las aglomeraciones. Voy a prepararlo todo. Nos vemos en el muelle dentro de media hora.

Poco después salíamos de la ría y enfilábamos hacía alta mar, poniendo rumbo norte en paralelo a la costa. No tardamos en sobrepasar los cien metros de profundidad. Pasamos Fisterra. No divisamos nada que nos llamara la atención, a no ser la riqueza y diversidad de los fondos marinos que íbamos atravesando, arenosos unos, rocosos otros, hasta que pasamos la ría de Lires.

Estábamos a la altura de Nemiña, como nos hizo notar Xulia, cuando algo pegajoso y grasiento se pegó en uno de los visores del transportador.

—¡Mirad! —exclamó Sheila que fue la primera en darse cuenta—. Parece petróleo. Y vienen más.

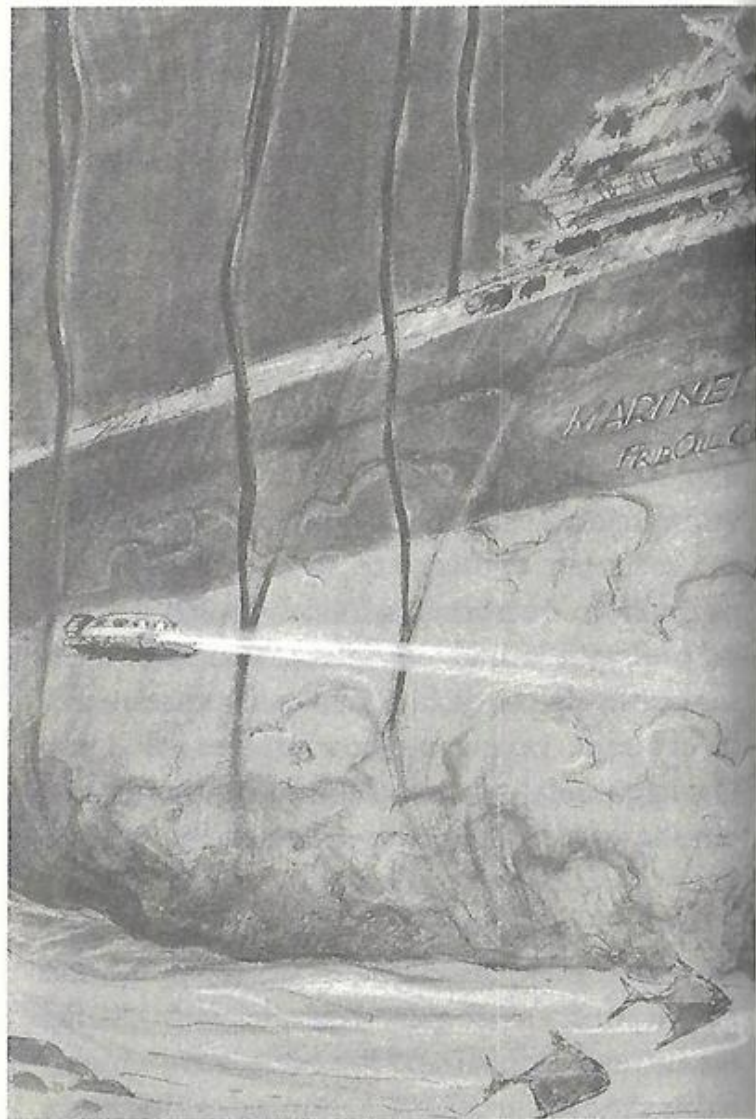
Era verdad, la mancha negra de aspecto oleoso ya no era algo aislado, en el visor se amontonaban muchas más. Por fortuna, el ultravidrio era antiadherente, y el aceite oscuro no impedía completamente la visión. A la altu-

ra del cabo Touriñán, las manchas, que venían entre dos aguas pues según nuestros informes en la superficie todavía no se percibía nada, se hacían más espesas por momentos. Entonces el sonar registró una gran masa de forma alargada que sobresalía del fondo.

—Chicos, estamos acercándonos al corazón del monstruo —advirtió Xulia, consternada—. Habéis acertado de lleno.

Enfocó los reflectores y disminuyó la velocidad, maniobrando para obtener el máximo de visibilidad.

Un paisaje dantesco se abría veinte metros por debajo de nosotros. A doscientos metros de profundidad, en completa oscuridad a no ser por los haces de luz de los reflectores, estaba el buque. Un gigantesco petrolero roído por la corrosión y cubierto de grietas y óxido, reposaba con la proa medio enterrada en la lama del fondo. La popa se erguía y estaba escorado, con el lado izquierdo, el de babor, más elevado. Lo peor no era nada de esto, sino las grietas, decenas de grietas paralelas, de distintas formas y tamaños. Dos o tres eran mucho más grandes que las otras. Por todas ellas fluía



lentamente un material oscuro, viscoso, con aspecto de moco semisólido, que se estiraba y se curvaba hacia arriba antes de romperse. Era la mezcla de hidrocarburos que transportaba, décadas atrás, aquel coloso de acero que ahora era solo un cadáver de hierro en descomposición. Aquello era lo que estaba ensuciando el mar.

—Lo hemos encontrado, Sheila —dije yo, aliviado—. Ahora podemos avisar y hacer que acaben con la fuente de la marea negra.

—¿Y no crees que tendremos que hacer algo más, Said? Este monstruo ha de tener, con toda seguridad, un dueño.

Xulia desplazó la luz de un reflector por el casco agrietado. En el costado trasero, a babor, en una de las pocas planchas de acero respetadas por la catástrofe, campaban las letras con la insignia del barco mortífero:

MARINER AMOC  
*FridOil Co. Grand Cayman*



Dejamos a nuestra amiga Xulia con el encargo de avisar a las autoridades de la situación del petrolero hundido y de las condiciones en las que se encontraba, comenzando por informar a la doctora Freire.

Said y yo cogimos nuestro transportador y nos marchamos, después de haberlo acordado todo con ella. En esta ocasión los dos estábamos de acuerdo respecto a lo que debíamos hacer.

—Rumbo al Caribe, Sheila, ¿no te parece?

—A las islas Caimán, claro. Allí estaba matriculado el petrolero infame.

De camino, consultamos el terminal del ordenador y nos enteramos de muchas más co-

sas. Por ejemplo, que el *Mariner Amoc* era un barco muy viejo, no autorizado para el transporte de combustible ni de mercancías peligrosas desde el remoto año 2018, fecha en la que se ordenó su paralización junto con la de otros buques de características similares, por el peligro ecológico que suponía su precario estado.

Según los archivos, había sido desmantelado en el Báltico, dos años más tarde. Mucho antes de que nosotros nacióramos.

—Pero no fue desmantelado, ¿verdad, Said?

—Acabas de verlo, hermana. Sus armadores continuaron trabajando en la clandestinidad, haciendo transportes de productos petrolíferos altamente peligrosos sin las mínimas medidas de seguridad. Como al principio del siglo XXI...

—Pero entonces esos barcos eran legales, ¿no?

—Sí que lo eran Sheila, por desgracia. Así estaba el mar: barcos con treinta años, contruidos en astilleros sin garantía, a precios de saldo, con muchos problemas de roturas, con tripulaciones mal pagadas y poco adiestradas...

—¿Y la ley consentía todo eso?

—Lo llamaban libertad de mercado. Esos barcos eran más baratos para los armadores, los daños al medio ambiente y las deficientes condiciones de empleo no se tenían en cuenta. Las autoridades miraban para otro lado, hasta que la presión de la gente obligó a cambiar las leyes...

—Said, perdona —interrumpí, para variar—. ¿No estamos ya en el Caribe?

Así era, estábamos sobrevolando el paralelo veinte. El arco de las Antillas se desplegaba ante nuestros ojos, con toda la majestuosidad verde de su exuberante vegetación: un rosario de islas que se perseguían las unas a las otras por el mar. Y la mayor de todas, Cuba, con su forma característica, un largo lagarto verde cantado por los poetas. Cuando la pasamos, tuvimos a la vista las pequeñas islas Caimán.

—Fíjate, Sheila —me dijo mi hermano señalando la pantalla—, la mayor de estas islas, la Gran Caimán, a donde nosotros nos dirigimos, solo tiene doscientos veinte kilómetro cuadrados.

—Sí, pero mira: en ella operan setecientos bancos y corporaciones de todo el mundo.

Aquí nadie paga impuestos ni se le pregunta de dónde ha sacado el dinero. Con tan solo cuarenta mil habitantes, es el quinto mercado financiero del mundo.

—El lugar perfecto para blanquear el dinero negro, Sheila. Los desconocidos dueños del Mariner Amoc deben de tener aquí guardadas sus ganancias, seguramente obtenidas con negocios tan impresentables como el del petróleo hundido.

—¿Sabes algo de la compañía naviera, Said?

—Poca cosa, Sheila: la FridOil, armadora del Mariner, era propietaria de una empresa llamada SeaCorps. Que, a su vez, le pertenecía a una fundación asiática llamada Mikman. Ahora bien, esa misteriosa fundación, de la que no se conoce ningún dato, opera a través de un banco de la isla de Gran Caimán... Un galimatías que se extiende por todo el mundo, como ves.

—Entonces, lo único cierto es que tanto la sede del barco como el banco que financió la operación de carga están aquí —concreté yo—. Pero no sabemos quién estuvo detrás dando las órdenes.



—Exactamente, Sheila, no tenemos el nombre de ninguna persona. No sabemos quiénes fueron los responsables de este desaguisado contra el medio ambiente. Pero es posible que ahí, justo debajo de nosotros, nos lo puedan decir.

Mi hermano señalaba un cuadrado de césped verde, de vivo color esmeralda. Justo en su centro se erguía un edificio porticado de mármol blanco con grandes letras doradas de metal: Cayman Río-Mar Bank.

—Este es el banco que opera con los activos de la tal fundación Mikman, entre ellos estaba la compañía FridOil que transportaba petróleo, Sheila. Vamos a contarles lo que está pasando, seguro que nos ayudan.

Nuestras esperanzas no iban a durar mucho tiempo. El director del banco, un hombre mayor, muy cortés y serio, nos recibió en su despacho. Pero no nos dijo nada de lo que queríamos saber.

—Veréis, chicos, es una pena lo que me contáis. Hay gente desalmada, ¿eh? A quién se le ocurre transportar una cosa así y no informar del naufragio. En fin... La compañía SeaCorps

hace muchos años que fue disuelta —se lamentó con una preocupación que a mí me pareció fingida—. Siento que hayáis venido desde tan lejos para nada, pero no puedo ayudaros. Las normas me prohíben revelar la identidad de mis clientes. Solamente os puedo informar del número de cuenta de Mikman, nada más. —Nos mostró un papel con números.

—¿Y quiénes son sus titulares? —interrumpí yo. Said, que no parecía muy interesado en mi discusión con aquel hombre, se revolvía inquieto en su asiento y enseguida entendí el porqué.

—Perdone, ¿puede decirme dónde está el baño? —El director señaló una puerta a su espalda y mi hermano, corriendo, se perdió en esa dirección, no sin antes golpearse con una mesita auxiliar. Así es Said, siempre tan torpe e inoportuno.

—Volviendo a lo que me preguntabas, hija mía. No puedo dar los nombres de los titulares de ninguna cuenta. Son las normas —repitió, levantándose para poner fin a la entrevista—. Ahora, si me disculpáis, tengo mucho trabajo.

Mi hermano ya regresaba del baño, aliviado. Volvió a tropezar con la mesa, aunque en

esta ocasión no tan aparatosamente. Nos fuimos de allí desilusionados, sobre todo yo. Said estaba serio, pero no parecía muy sorprendido. Yo estaba furiosa.

—¡Qué descaro! ¡Menudo elemento, tanta educación y resulta que está amparando a unos desaprensivos! Nunca se sabrá quiénes son. Y tú tan tranquilo, como si la cosa no fuera contigo.

—Son las normas, hermana, hay que resignarse. Cojamos el transportador y larguémonos.

—¿Que nos marchemos? ¿Pero tú estás loco?

—Hazle caso a tu hermano mayor, chica. —Y me hizo un gesto muy particular entre nosotros, sin añadir nada más.

Entonces comprendí que Said guardaba una sorpresa en el bolsillo. Nos fuimos de la isla, y una vez que estuvimos fuera del alcance de cualquier cámara de seguridad, me impacienté.

—Said, ¿quieres explicarme qué pasa?

—Lo tengo todo, Sheila, la relación de todos los movimientos de cuenta de Mikman, con sus titulares.

—¿Me tomas el pelo? ¿Te has creído que soy tonta?

—Júzgalo tú misma. Aquí tienes.

Said sacó de la camisa un minidisco digital del tamaño de una moneda grande.

—¿Lo has cogido del banco, Said? ¡Estás loco! ¡Lo echarán en falta! Vendrán tras de nosotros.

—Nada de eso, puedes estar tranquila. El original sigue en el mismo sitio. Yo solo he hecho una copia con el replicador.

—¡Claro! —por fin caía de la burra—, cuando fuiste al baño. Ahora entiendo tanta torpeza...

—Yo ya conocía las normas bancarias de los paraísos fiscales como esta isla, Sheila. Sabía que por más que preguntásemos, el director no nos iba a decir nada. Pero te dejé hablar para que lo entretuvieras. Confiaba que algún detalle durante la entrevista nos proporcionase una evidencia, por mínima que fuese. Y así sucedió.

—En cuanto entramos en el despacho —prosiguió Said—, examiné todo con disimulo. Sobre todo la mesa auxiliar, fuera de nuestro alcance. Había un minidisco con números



grabados, las primeras cifras eran seis, cero, uno... Entonces el director nos enseñó un papel con los números de la cuenta de Mikman, ¿recuerdas las primeras cifras?

—Seis, cero, uno... ¿Y si el resto no coincidían?

—Tenían que coincidir, forzosamente. El disco estaba sobre una carpeta azul con un logotipo que parecía una letra M, y el resto eran caracteres chinos. Estaba claro: Mikman, fundación asiática... Además, cuando llegamos, pasamos enseguida a ver al director después de informar del motivo de nuestra visita. Era lógico que él consultase el archivo. En todo caso, no tenía nada que perder por intentarlo. Era la oportunidad de nuestra vida, siempre que tú fueras lo bastante cabezota para seguir insistiendo con el director mientras yo utilizaba el replicador. Y conociéndote, sabía que por ese lado no iba a tener problemas, hermana —concluyó—. Tu labia es proverbial a los dos lados del Atlántico, incluido este.

—¡Bobo! —me enfadé y le di una colleja cariñosa, porque la verdad es que estaba feliz de tener un hermano tan listo. Aunque solo sea así de listo en algunas ocasiones, no os vayáis a creer, ¿eh?

Enseguida tendríamos ocasión de comprobar si Said había estado acertado al copiar a escondidas aquel disco, o si todo se iba a quedar en agua de borrajas.

Said no se había equivocado. Eran los archivos bancarios de los movimientos de una cuenta, desde cinco años atrás hasta la actualidad: una larguísima lista de fechas, conceptos —o sea entradas y salidas de dinero— y cantidades cargadas o abonadas en cada operación. Pero lo más interesante estaba en otro archivo, distinto de los listados, donde estaban los datos que a nosotros nos interesaban:

Cayman Río-Mar Bank  
Central Of. 001/George Town  
C.C.N. 6017.1400.22.7420100  
Fundación Mikman. Hong-Kong  
Mr. Cramhail Swiro. Cy. Brac

La última línea parecía ser la clave:

—Cramhail Swiro, ¿te suena este nombre, Said?

—Vamos a comprobarlo en el terminal.

Las informaciones sobre este extraño nombre eran abundantes, y ninguna buena:

CRAMHAIL SWIRO (fecha de nacimiento y nacionalidad desconocidas)

Reclamado por las autoridades de cuatro países y con condenas de cárcel en alguno de ellos. Swiro es uno de los prófugos de la justicia más buscados en todo el mundo(...)

88

Negocios en varios continentes, se sospecha que muchos de ellos ilegales, por intermediación de sociedades y fundaciones a nombre de terceras personas. Considerado uno de los mayores traficantes mundiales de materias primas y metales preciosos, con la complicidad de las autoridades locales corruptas en varios lugares(...)

—«Paradero desconocido». No tan desconocido ya, Said, ¿no crees? O mucho me equivoco o la dirección «Cy Brac» se refiere a la isla de Brac, la que está más al este de las islas Caimán. Vamos a echarle un vistazo.

9

*Sheila*

89

En un instante estábamos sobrevolando la isla de Brac, la más próxima a Cuba de las tres que forman el archipiélago, gemela de la llamada Pequeño Caimán. No tardamos en descubrir, en un extremo de la isla, una aparatosa mansión con embarcadero propio, situada en medio de lo que parecía un inmenso parque, con un gran campo de golf incluido. Aterrizamos allí sin pensarlo mucho, pues vimos un grupo de personas jugando. Aquella propiedad parecía ser la mayor del lugar y pertenecer a alguien inmensamente rico, ¿sería la del misterioso Cramhail Swiro?

No sabíamos qué aspecto tenía el hombre que buscábamos, tanto su imagen como su na-



cionalidad eran totalmente desconocidas; en todo caso, no podía ser muy joven si ya treinta años atrás se dedicaba a fletar transportes petrolíferos.

Tan pronto como posamos nuestro transportador en el lugar reservado para los vehículos en el campo de golf, comprobamos sorprendidos que las personas que estaban jugando interrumpían su partida para venir a nuestro encuentro.

Eran tres, dos jóvenes y un hombre mayor. Los jóvenes, de expresión malencarada y fuerte complexión, parecían guardias de seguridad. Vestían traje gris y corbata, a pesar del calor que hacía en aquel lugar.

El hombre de más edad, que parecía tener autoridad sobre los otros, pues caminaba dos pasos por delante, fue el único que habló. Era muy enérgico, de ojos claros y mirada decidida. Vestía de forma elegantísima y tenía el abundante cabello muy bien peinado y completamente blanco. Aparentaba unos setenta años. Presentimos que él podía ser el objeto de nuestra búsqueda, el armador fugitivo de la justicia.

—Buenas tardes y perdone la intromisión en su propiedad —hablé yo, sin esperar a Said—. ¿No será usted Cramhail Swiro?

—Buenas tardes. Han acertado, muchachos, yo soy. Y ustedes son Sheila y Said, ¿verdad? El director del banco ya me ha puesto al corriente de sus indagaciones —aclaró ante nuestra sorpresa.

Y prosiguió, con ironía:

—Supongo que no tendré que preguntarles a qué debo el honor de su visita a mi humilde morada.

—Todo esta claro, entonces —intervino Said, decidido—. ¿Para qué vamos a andar-nos con rodeos? Solo queremos hacerle una pregunta, y disculpe nuestra franqueza, pero provocar una marea negra es algo muy grave, aunque en estos momentos el petróleo del buque hundido ya está siendo transvasado...

—Están disculpados. Pero ha dicho que no se iban a andar con rodeos —cortó—. Soy un hombre muy ocupado, tengo que continuar el recorrido, todavía me quedan cuatro hoyos por jugar. Haga su pregunta.

—¿Fletó usted ilegalmente el Mariner Amoc para transportar combustible por el corredor marítimo de Fisterra, cuando ya estaba cerrado para ese tipo de mercancías? —salté yo sin poder contenerme por más tiempo—. ¡Un barco que no tenía autorización ni condiciones para esa travesía...!

—¿Y fue usted quien, después del naufragio, ocultó el hundimiento, dejando los tanques llenos de petróleo contaminante a merced del mar?

—Son más preguntas que una. Pero responderé a todo de la misma manera: sí, fui yo —cortó desafiante—. Un transporte de tantos que salió mal. Son cosas que pasan. ¿Quién se acuerda de ello? Han pasado más de treinta años.

—¿Eso es lo que opina? —nosotros estábamos indignados—. Es usted un criminal, un asesino del mar y de la tierra, y todo por dinero. Y además es un prófugo reclamado por varios delitos. Y la ley lo va a castigar.

—Están muy equivocados, siento desilusionarlos. Vayamos por partes. No se alteren. Lo de criminal y asesino, puede que sea verdad.

Me han llamado incluso cosas peores. Recientemente me enteré de lo de la marea negra que había empezado en ese lado del Atlántico, pero no me preocupé, hasta que ustedes se pusieron a indagar. Estaba seguro de haber borrado todas mis huellas en el asunto. Hasta hace un momento, cuando llegaron.

Said y yo nos miramos incrédulos, consternados por tanto cinismo.

—En cuanto al resto, también tienen razón. Estoy huido de la justicia. Ahora bien, para llevarme a la cárcel primero tendrían que cogerme. Y eso no es tan fácil. Supongo que ustedes han conseguido una copia de mis archivos bancarios; la cuenta Mikman, ¿no? No sé cómo lo han hecho. Les reconozco el mérito, las cosas como son. Pero repito, siento desilusionarlos, ese pequeño error está solucionado: en este momento toda la documentación que podría relacionarme a mí con ese barco ya no existe. A no ser la copia de ustedes, y enseguida nos ocuparemos de ella, ¿verdad?

Entonces aparté la vista de él para fijarme en sus guardias. Vi que nos estaban apuntando directamente, cada uno con una pistola.

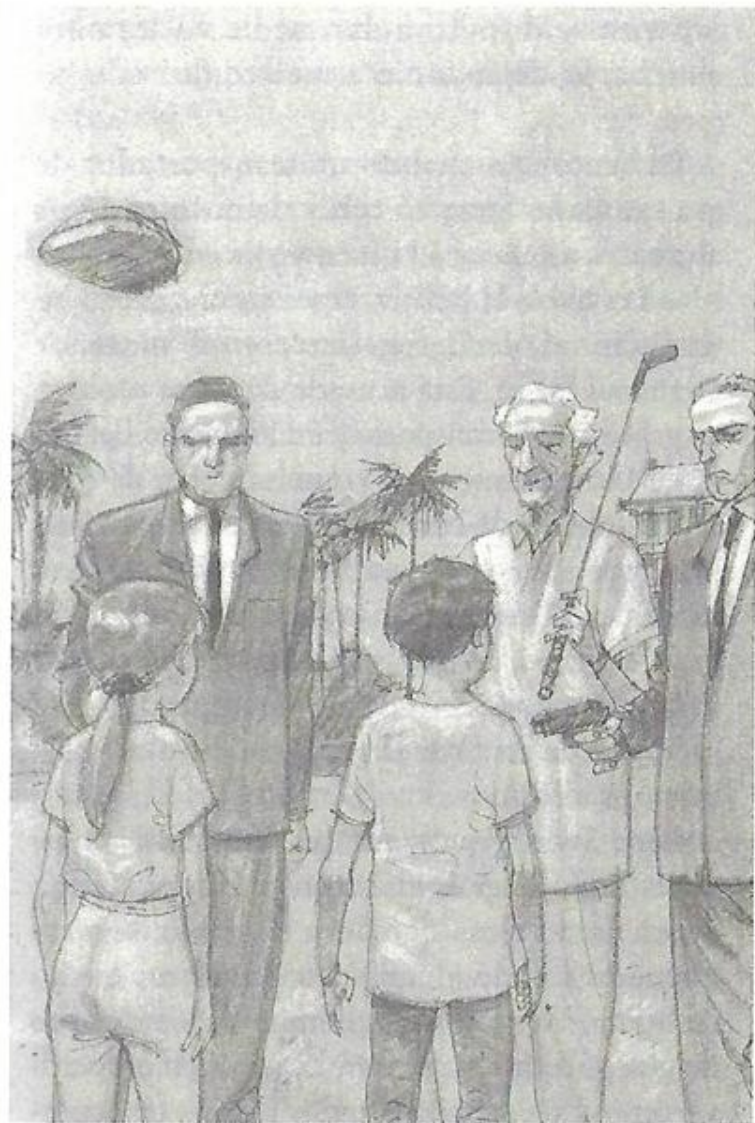


—¡Said, mira!

—Por favor, señorita, ¿de qué se extraña? ¿No habrá pensado que los iba a dejar marcharse como si tal cosa, con todo lo que saben sobre mí? Aunque los deje sin pruebas para implicarme en esta nueva marea negra, ustedes conocen mi paradero, y eso es algo que no me conviene en absoluto. Por fortuna tengo aquí unas cuantas hectáreas de tierra, y todo el mar alrededor, ya lo verán. Hay espacio suficiente para hacer desaparecer dos cuerpos.

Cramhail Swiro nunca dejaba de sonreír, aunque estuviera hablando de las cosas más espantosas.

—Soy una persona educada, como ustedes. No sufrirán mucho, les prometo que no habrá crueldad innecesaria. Solo van a desaparecer, sin dejar rastro. ¡Lástima, son tan jóvenes! —se lamentó, cínico—. Su carrera como investigadores prometía. Una pena. Pero si les sirve de consuelo, les diré que no serán los primeros en desaparecer por haberse acercado a mí más de la cuenta. Soy perro viejo, si me perdonan la expresión, y los perros viejos no somos fáciles de capturar. Adiós para siempre.



Swiro se dispuso a dar media vuelta para marcharse, dejándonos a merced de sus esbirros.

Fue entonces cuando un transportador de gran tamaño aterrizó cerca de nosotros. Los altavoces anunciaron quién venía en él:

—Les habla la Policía. Traemos una orden internacional de detención contra el señor Cramhail Swiro. Está acusado de delito ecológico grave por el transporte y hundimiento del buque Mariner Amoc, así como también de quebrantamiento de condena penal en tres países. No opongan resistencia. Repito. No opongan resistencia. Tiren las armas y levanten las manos. Si abren fuego, no dudaremos en responder.

Los dos gorilas dudaron un segundo, pero no tardaron en tirar al suelo las pistolas. Respiramos aliviados.

Pero Swiro, que ya había echado a andar antes de la llegada del transportador, corría ahora como alma que lleva el diablo, seguramente buscando algún vehículo u otro medio de huida. Ya estaba en el límite de los campos de golf, casi fuera de nuestra vista, cuando advertimos que aterrizaban dos nuevos transpor-

tadores que le cortaban la vía de escape y que de ellos bajaban hombres uniformados que lo rodeaban.

Del primer transportador descendieron también varios policías que ya les estaban colocando las esposas a los guardaespaldas que nos habían encañonado. Nos hicieron subir al vehículo. El jefe de los policías se dirigió a nosotros:

—¿Están bien, chicos?

—Sí, estamos bien, pero si llegan a tardar un poco más no lo contamos —dijo Said. Pocas veces he visto a mi hermano tan asustado.

—Said, eres una caja de sorpresas. ¡Los esperabas! ¿Cómo lo hiciste?

—Eso, ¿cómo lo han hecho? No quiero irme a la cárcel sin saber cómo me han vencido —el que así hablaba, ya lo habéis adivinado, era el tal Cramhail, tan arrogante tan solo unos minutos antes y que ahora venía prisionero entre dos policías.

—Acordamos con Xulia que ella daría aviso a las autoridades de que nosotros veníamos camino de las islas Caimán, siguiendo la pista de la matrícula del barco hundido —dije yo, y a



partir de ahí tampoco entendía nada de lo sucedido—. ¿Pero cómo sabían que el dueño de la empresa que lo fletó era Swiro? ¿Y cómo pudieron localizarnos a nosotros, Said?

—¿Qué crees que estaba haciendo yo manipulando el terminal del ordenador, mientras tú leías en voz alta los datos del disco y lo que encontramos en la red, antes de aterrizar aquí, hermana?

—¡Claro, ahora lo entiendo! Has transferido a los archivos de la Policía, vía satélite, toda la información del disco robado. Por eso la Policía supo, al mismo tiempo que nosotros, el paradero de este elemento.

—Así fue. No te dije nada porque no las tenía todas conmigo. También activé la radiobaliza de emergencia para que pudieran localizarnos... ¡Uff, por los pelos! ¿Ha quedado satisfecha su curiosidad? —Said se encaró con Cramhail Swiro—. Somos ingenuos, pero no tanto. ¿No se habrá creído que nos íbamos a meter en la boca del lobo sin tomar precauciones? ¿No pensaría que lo íbamos a dejar marcharse como si tal cosa, después de todo el daño que ha hecho?

El malhechor bajó la cabeza, como rindiéndose ante la evidencia de que había alguien más inteligente que él, y subió al transportador escoltado por la Policía.

En nuestra época fue muy sonada la caída de Swiro, uno de los últimos delincuentes multimillonarios. En su mansión de Caimán Brac, en otra que tenía en Suiza y en varias casas más diseminadas por todo el mundo, se encontraron obras de arte muy valiosas, una de las mayores colecciones privadas de pintura y escultura, incluso había obras sustraídas a museos. Todo fue confiscado, a medida que se iba desenmarañando la madeja de complicidades, engaños y sobornos que le habían permitido amasar tantas riquezas. Riquezas conseguidas mediante negocios tan infames como el tráfico ilegal del hundido Mariner Amoc, felizmente vaciado a tiempo de su mortífera carga gracias a mi intuición. Y gracias a las precauciones de Said, todo hay que decirlo.

Así terminó esta aventura ocurrida tras el episodio del SC-1, y que, según Said es la terce-

ra en orden cronológico. Os lo aclaro, así es como fueron sucediendo: el prión, el peligro vegetal y la marea negra. En todo caso, esta fue una de las más espantosas que vivimos. Y no iba a ser la última, aunque ahora estamos llegando a su final.

Lo que más nos impresionó, quizás a vosotros también, fueron las cartas que nos dio Lela. Por si os interesa saberlo, nos tomamos la molestia de confrontar todos los datos que contaba en ellas Daniel, el muchacho marinero, y por sorprendente que os pueda parecer, podemos asegurar su autenticidad hasta en los más mínimos detalles. Por desgracia, en muchas ocasiones la realidad más negra supera a la ficción. Para nuestro escarmiento, pero no para nuestro desaliento. Todos tenemos derecho a un mar limpio y a un futuro mejor, y nunca debemos renunciar a exigirlos. También los chicos y chicas de la Costa da Morte. Para ellos y ellas ha sido, especialmente, esta aventura que compartimos. Hasta otra.





A partir de 10 años

Una nueva entrega de las aventuras de Sheila y Said, que incluye una novela (*La negrura del mar*) y un relato largo (*La primera aventura*). En *La negrura del mar*, los hermanos reciben una alarma medioambiental provocada por la aparición de manchas de hidrocarburos en el océano Atlántico y en las playas gallegas. Descubrirán que este vertido tiene su origen en el accidente de un petrolero en 2002. En *La primera aventura*, conoceremos algo más del trágico pasado de los protagonistas.



ISBN 978-84-678-6134-1